

TENDENCIA A LA DUREZA TRAS LAS ELECCIONES

LAS elecciones de Israel eran una pieza clave en las negociaciones de Ginebra. Dentro, evidentemente, de unas condiciones generales que dependen más de los acuerdos y las presiones de la URSS y de los Estados Unidos sobre los contendientes que de ellos mismos. Los resultados no oficiales (no lo serán hasta que se publiquen en el «Boletín» el día 14; faltan por computar los de algunas unidades militares) no ofrecen una variación considerable sobre la composición del parlamento anterior: la coalición encabezada por el partido gubernamental seguirá gobernando, y Golda Meir presidirá el nuevo gobierno, en el que no faltará Dayan.

Sin embargo, hay algunos matices que deben considerarse. El partido gubernamental ha perdido unos cinco escaños, el de oposición ha ganado seis. El partido gubernamental está considerado como de izquierda: es el Marakh, Frente Obrero, laborista; está representado en la Internacional Socialista. El partido de la oposición, el Likud —Unidad—, que dirige Menahem Begin, es de derechas. Representa, por lo tanto, la actitud más dura en la negociación con los árabes, la idea del Gran Israel —la conservación de los territorios ocupados como principio; la ampliación para más adelante.

El Gran Israel iría del Eufraates al Nilo, y quién sabe si aún más allá, y el dominio por la fuerza de los árabes. Esto no quiere decir que el partido gubernamental pueda considerarse como «blando» más que por comparación o relatividad. El Marakh está dividido por lo menos en dos grandes tendencias: la de los duros —Golda Meir, Dayan, su grupo— y la de los negociadores. El pacifismo más abierto está fuera del partido; está en formaciones de izquierda pequeñas.

Un reproche al gobierno

El sentido del voto es el de un reproche doble al gobierno: por una parte, quiere castigar su imprevisión en la última campaña militar, que hubiera podido costar un disgusto grave de no haber sido por la rápida intervención de Estados Unidos enviando material desde Europa, y lo que se considera como demasiada fa-

cilidad para negociar con territorios ocupados. Golda Meir no cesará de esgrimir ese sentido del voto para reducir al ala negociante de su propio partido. Y en Ginebra adoptará una posición más dura aún para que la oposición no se apodere del tema.

Por otra parte, el Frente Obrero no gobierna solo. Forma coalición con un partido menor, el nacional religioso, que en estas elecciones ha ganado un escaño más. Es un partido de ortodoxia rígida (sus dirigentes ni siquiera aparecen en la televisión, porque desconfían de la licitud religiosa de este medio de comunicación que no les parece proceder de Dios), que, por lo tanto, no es partidario de la más mínima concesión a los árabes, y cree que es preciso liberar la mayor parte de la tierra que consideran sagrada. Este partido quizá no quiera formar en el nuevo gobierno si cree que la paz de Ginebra es una concesión demasiado grande. Es posible que se incline hacia la derecha. Algunos creen que puede ser el árbitro de la situación en el parlamento a partir de las primeras reuniones —previstas para el 21 de enero—. Para

conservarles en la coalición, o al menos para retener sus votos, Golda Meir deberá acentuar el perfil duro.

De todas formas, los 51 escaños del Frente Obrero permiten una mayoría propia, por pequeña que sea, aun contando con una suma de los 38 del Likud y los 12 del partido religioso. Sobre todo porque en algunas cuestiones decisivas podrían obtener los votos de las formaciones menores (los cuatro liberales independientes, disidentes del Frente Obrero, los cuatro del partido comunista ortodoxo y el escaño del partido comunista sionista, los tres de los laboristas árabes y algún otro).

Es decir, que en líneas generales se prevé una tendencia a la rigidez en las negociaciones, una tendencia mayor a la acción armada en las líneas de alto el fuego y una resistencia a la presión internacional. Por otra parte, se prevé también una gran inestabilidad gubernamental. Tanta que se está pensando ya en nuevas elecciones. Lo piensan los laboristas, sobre todo los de la facción pacifista.

El gobierno tendría ahora in-

terés en demostrar que las negociaciones de paz dan algún fruto, sobre todo en el sentido de ofrecer una seguridad para el futuro. No olvidemos que gran parte de los votos adversos al gobierno proceden de la idea simple de que la fuerza es una garantía de supervivencia; son votos procedentes del miedo más que de una voluntad de continuar la guerra. Si de las negociaciones surgiesen garantías suficientes y lo que se entregase a cambio a los árabes no apareciese como una concesión, como una derrota, los laboristas podrían recuperar los votos perdidos y los moderados dentro del partido podrían hacer ver que ha sido su tendencia la que ha triunfado.

El apoyo norteamericano

Todo ello dentro, como queda dicho, de lo que es la realidad de la negociación de Ginebra: una parte del acuerdo global entre la URSS y los Estados Unidos, que tienen en sus manos el poder suficiente como para imponer soluciones a sus pupilos. Es posible

En el nuevo gobierno de Israel no faltará Dayan. En la foto, el ministro israelí de Defensa durante su entrevista con el general Enslasvuo, comandante de las fuerzas de paz de la ONU.





Los resultados no oficiales de las recientes elecciones de Israel no ofrecen una variación considerable sobre la composición del parlamento anterior: seguirá gobernando la actual coalición, y a la cabeza del nuevo gobierno seguirá figurando Golda Meir.

que si el vencedor de las elecciones hubiese sido el Likud, este mismo hubiera tenido que proseguir las negociaciones de Ginebra y plegarse finalmente a lo que los Estados Unidos consideran conveniente. Porque nadie en Israel, salvo los fanáticos, puede creer que sin el apoyo de los Estados Unidos cualquier forma de existencia del estado de Israel sería posible ni ninguna guerra ganada. Lo que sí cuenta mucho es la manera actual de negociar con Estados Unidos.

Las conversaciones de Ginebra han continuado. Aún se mantiene la discusión sobre el punto previo de alejamiento de las tropas en las zonas de combate, dejando en medio una tierra de nadie de unos 30 kilómetros para evitar la multiplicación de incidentes que pudieran dar lugar a una batalla. Esta posibilidad no se ha excluido por ahora. Cuan-

do se consiga la separación de los ejércitos se tratará del regreso a los puntos de partida anteriores a la última batalla y al canje definitivo de prisioneros.

Sólo entonces, cuando todo ello esté suficientemente esclarecido, se podrá proceder a la verdadera negociación de fondo, la que deberá fijar las fronteras definitivas de Israel y las garantías suficientes para la supervivencia del estado judío. Pueden durar mucho tiempo; incluso años. El precedente de las negociaciones acerca de Indochina, que a pesar de haber llegado a un punto general de acuerdo tras años de discusión no han conseguido establecer la paz real en el terreno, es bastante adecuado. Y muy pesimista. Porque, por otra parte, la presión de los palestinos en la línea de los atentados de todas clases no va a ceder fácilmente.

■ J. A.

Los Contem pora neos

«EDICTUM DE PRETIIS»

“¿Quién puede estar tan desprovisto de sentimientos humanos como para no ver que los precios immoderados se han extendido por los mercados de nuestras ciudades y que los hombres malvados sufrirían graves pérdidas si la abundancia volviese?”. En el año del Se-

ñor 301, el Emperador Diocleciano —con su nombre de chotis o de jugador de baloncesto— definió así un problema que nos resulta conocido. “Son hombres —decía Diocleciano— cuyo propósito es destruir la prosperidad general para obtener beneficios usurarios, ruinosos para los demás. La avaricia cunde en el mundo entero...”. El Emperador Diocleciano era un buen administrativista. Había dividido el imperio entre cuatro tetrarcas: dos Augustos —él, con una mano militar muy próxima, Maximiano: Júpiter y Hércules, gustaba de decir— y dos Césares subordinados. Tenía la mano dura. Le preocupaba la subversión. ¡Eso cristianos...! Pero Diocleciano se encontró de pronto con el problema de los precios y de la escasez.

Diocleciano tuvo una idea aparentemente genial: la congelación de precios y salarios. El “edictum de pretiis”. Nadie la había tenido antes; cientos de gobernantes la tuvieron después. La siguen teniendo. Publicó una lista completa de aquello que no debía aumentar sus precios: la sal y el aceite, la miel, la carne y la caza, el pescado... Y los colegios, las peluquerías, los artesanos (¡en una época en que no había fontaneros!).

Un precedente. No ha dejado de verse como un espejismo típico del gobernante prohibitivo: aquello que no debe pasar, no puede pasar. Se prohíbe. Si aun así sigue pasando, es otra cuestión.

A Diocleciano le sucedió esta terrible aventura. Apenas promulgado el “edictum”, aparecieron los acaparadores. Los productos marcados desaparecieron: bien para esperar tiempos mejores, bien para venderse “de estraperlo”, según el término acuñado en España —y hoy, en desuso— para una situación parecida (nombre tomado del de una ruleta sospechosa con la que don Alejandro Lerroux quiso hacer un negociete sucio; y le costó el gobierno). La escasez aumentó. Las víctimas de la conge-

lación de salarios se encontraron con que lo que todavía no se llamaba su poder adquisitivo había disminuido más aún después del edicto. Comenzaron los motines. Diocleciano tuvo que inventar lo que hoy se llamaría una policía especial para la vigilancia de mercados, una admi-

nistración para el racionamiento y unas fuerzas del orden para contener los motines. Era, repito, un gran administrativista y un político severo. Pero este sistema represivo, extendido por todo el imperio —por todo lo que entonces se llamaba mundo—, resultó enormemente caro. Para sufragarlo, tuvo que aumentar los impuestos y crear nuevas tasas. Lo cual produjo un doble movimiento: la evasión de impuestos y la elevación de precios. Absorto en su tarea de prohibir lo que era imposible que se produjese, Diocleciano debió crear una policía especial de impuestos. Era dura: torturaba incluso a mujeres y niños para que confesasen las ganancias del padre de familia. Mantener esa policía requirió un nuevo aumento de impuestos, y el orden público necesitó un ejército más numeroso y mejor pagado. Cuando los así tasados vieron que era imposible la evasión, dejaron de trabajar. Abandonaron los campos, cerraron sus tiendas. Algunos huyeron: se pasaban a los bárbaros. Diocleciano pensó entonces que lo mejor era aumentar la policía de fronteras: así se impedía la huida de elementos productivos —un precedente de la “mano de obra extranjera”— y, al mismo tiempo, de evitar el contrabando. Lo cual requirió nuevos gastos; y nuevos impuestos, que iban a encarecer los precios.

Diocleciano comprendió que se trataba de una conjura montada en el exterior para destruir el imperio. ¡Los cristianos! El problema estaba —como ahora— en Palestina y en lo que de ella había venido. Pensó que lo mejor era matarlos. Y sucedió lo que la historia llama “la era de los mártires”. Las gentes huían, se escondían, guardaban sus bienes. Y los precios aumentaron.

Cuatro años después del “edictum” Diocleciano dimitió. Y Maximiano con él. Pero Diocleciano ha pasado a la historia como modelo de economistas, como gobernante hábil y como hombre duro y firme, incapaz de tolerar maniobras ni subversiones.

POZUELO